

MENSAJE DE UN CIUDADANO

A NUESTRA ASAMBLEA NACIONAL

Conciudadanos,

Agradezco la confianza de este cuerpo al convocarme para conmemorar junto con ustedes y junto a los demócratas del país, el recuerdo de lo que en algún momento de excesiva confianza en el futuro llamamos “el día en que derrocamos la última tiranía”. El entendimiento de lo político, atado como está a la variabilidad humana, requiere de cierta prevención: ninguna institución es infalible, ningún proceso histórico es irreversible. En la Venezuela de tantas revoluciones y aparentemente pocos cambios, se “lanzó el yugo” en 1811, en 1830, en 1858, en 1863, en 1870, en 1877, en 1892, en 1898, en 1908... Siempre se quería empezar de nuevo, aunque muchas veces con las mismas carencias de los autoritarismos abandonados. Con contadísimas excepciones, y a expensas de la ilusión de los muchos demócratas y civilistas que en el país han sido, se imponía nuevamente alguna versión bastarda de la Constitución y la República (que nunca fueron formalmente abolidas): una visión incompleta “el pueblo”, un uso desigual de la ley, y la consagración de varias minorías que en nombre de los más altos ideales nacionales desechaban tanto a las libertades, como a la igualdad y a la fraternidad. A veces incluso a expensas del orden más elemental, en grado tal que los venezolanos regularmente despreciamos “el libertinaje”, clamando por una mano dura que nos regresara algún sosiego.

Pero la fecha de enero de 1958 tiene un significado especial, y es por ello que merece ser separada de aquellas. El día que hoy recordamos dará lugar a la etapa de mayor expansión de la idea de república, y de mayor concreción democrática de nuestra aspiración a un país moderno. Es, junto con febrero de 1936 y octubre de 1945, un hito en un proceso que - si atendemos aquellos elementos que aún nos rodean- nos dotó de los hábitos duraderos de civilización y de los elementos de resistencia social con que aún contamos, pese al esfuerzo de negación, crítica y destrucción con que se inició este proceso, pese a las ilusiones de aquellos que justamente le apoyaron con la expectativa de una profundización democrática.

Esto es tanto más exigente porque el paso del tiempo ha suavizado nuestro criterio sobre aquel sistema político que, en medio de un jolgorio distraído, decidimos abandonar. Sin plantear una restauración de aquello que no es posible ni deseable restaurar -el país y sus ciudadanos son otros-, esta es una conmemoración a un referente que la mayor parte de los venezolanos hoy vivos recuerdan de manera confusa. Nuestra imperfecta democracia.

No vivimos hoy bajo una democracia imperfecta, con excesos comprensibles a cualquier sistema similar; ni tan siquiera una democracia en crisis, donde esos errores parecen ya práctica común. Nos encontramos más bien en una suspensión permanente del estado de derecho, en un sistema claramente autoritario. Los recursos más poderosos de un sistema así son el temor ante su fuerza abusiva y el letargo ante la imposibilidad del cambio. Cuando ese temor y esa

indiferencia se normalizan, su irreversibilidad tiene un trecho ganado, en el proceso paulatino de desgaste de nuestra entereza ciudadana.

No abundaré en los datos abrumadores del desastre económico y social nacional que se revela en la emergencia humanitaria, la catastrófica situación de la provincia venezolana, el desgarramiento de la familia venezolana por la emigración forzosa, la irresponsable explotación de nuestros recursos naturales, la destrucción del territorio, el auge de desórdenes mentales y la reaparición de viejas enfermedades, la burbuja de escandalosa desigualdad que emerge en un país aceleradamente empobrecido. Ustedes han denunciado estos hechos de manera consistente y valiente.

Venezuela espera con angustia la voz de la representación nacional, no para pedirle falsas esperanzas, sino para que el liderazgo sea la guía ante la turbación constante, la indiferencia y el desánimo en los meses por venir. Tomo entonces esta tribuna con el favor de la representación nacional, como simple ciudadano. No me autoriza a ello ni linaje, ni diplomas ni blasones. Ya decía uno de los grandes filósofos inspiradores de nuestra república, que es deber de todo ciudadano, en tanto que es miembro activo de un pueblo que se declara libre y responsable en su Constitución, instruirse sobre lo público. Sobre la *res publica* que comparte con sus conciudadanos y a la cual debe defender. Esa *res publica* no son sólo sus leyes e instituciones; es el territorio, son sus riquezas, son sus habitantes, son los millones de proyectos de vida que en ella se hacen posible. Eso que ha sido robado por la negación de lo público: las terribles y dramáticas carencias que sufre el venezolano que

aquí permanece, y la añoranza insalvable del venezolano que tuvo que escapar. A todos los venezolanos se nos roba el presente, pero también se nos niega el pasado y el futuro comunes.

Tengo un profundo respeto por la vocación política genuina, no sólo porque he sido testigo de su práctica honrosa, sino también como reacción contra el desdén de quienes la consideran innecesaria. Deseo evocar de ustedes el momento en que se iniciaron en la vida de políticos activos hace años o décadas atrás: esa ilusión patriótica de cambiar las cosas, de mejorar la vida de los otros. Quizás no fue una acción partidista en su momento inicial: el activismo comunitario y social, la representación estudiantil en el Liceo, Colegio o Universidad; las luchas gremiales. La preocupación que sentían porque las cosas no estaban suficientemente bien, o porque aquello que percibían como bueno se encontraba amenazado. No siempre imaginaron los peligros que enfrentarían, aunque quizás mantienen la expectativa de satisfacer esa vocación por cambiar lo malo y conservar lo bueno.

Respeto en ustedes la presencia vicaria de las angustias de los millones de votos que les trajeron aquí; aquellos millones de votos que confiaron en ustedes y en el programa que ustedes abanderaron. Una fuerza unida y democrática que ha sufrido los avatares de estos cuatro terribles años. Verlos a ustedes me recuerda la esperanza de aquel momento, no porque esa esperanza haya sido traicionada -justamente, es este quórum parlamentario la muestra patente de su resistencia- sino porque esa esperanza está moderada por la experiencia. La coacción y la coerción nos han robado de la presencia de muchos de sus compañeros electos

en aquellos comicios: exiliados, presos políticos, desaparecidos, como tantos cientos de víctimas de la represión, torturas y vejámenes de todo tipo. Deseo mencionar especialmente a los diputados Gilber Caro e Ismael León, arbitrariamente detenidos, y la diputada Addy Valero, fallecida bajo los efectos de la emergencia humanitaria, pero reafirmada en su entereza como ejemplo para todos los ciudadanos. Otros, hay que decirlo, han sido perdidos por el cohecho y la corrupción.

Violencia y corrupción. Todo es uno.

Hoy conmemoramos aquel retorno incierto a la democracia, porque en nuestras propias dificultades encontramos ese logro no sólo más ansiado, sino también más valioso.

¿QUÉ ES LA DEMOCRACIA?

Hablar de democracia es hablar de política, en tanto que las repúblicas democráticas son las formas políticas más propiamente políticas que existen. La política está en nuestra naturaleza humana, tanto porque de manera innata necesitamos los unos de los otros, como porque es el desarrollo de nuestra potencialidad humana que nos lleva a la conciliación y la cooperación por encima del conflicto. Ciertamente, algunas ideologías negarían tanto esta visión de la naturaleza humana como aquel régimen político, pero lo cierto es que bajo la condición de una humanidad más o menos perfecta, hasta los pensadores más pesimistas admiten que el gobierno popular sería deseable.

Claro está, una democracia puramente directa, la identidad plena y simultánea entre gobernantes y gobernados, es un ideal aún inalcanzado en los Estados que conocemos. Por lo tanto, tenemos que descansar en aquello que desde mi disciplina denominamos “poliarquía”, que no es sino la democracia representativa contemporánea, cuyas variantes ideológicas profundizan en alguno que otro aspecto (más o menos libertades económicas, más o menos participación política), pero manteniendo unos rasgos fundamentales: libertad de asociación y organización; derecho a elegir y ser elegido sin discriminaciones; competencia electoral libre, justa y regular; diversidad y pluralidad de medios y espacios para el debate público; control formal e informal sobre los gobernantes. (Podemos seguir en esto a autores como Dahl o Lipjhart, pero es a la vez enorgullecedor y frustrante que esa lista de características recuerda al decreto de garantías del Mariscal Falcón a mediados del siglo XIX). El sometimiento a las leyes es su elemento republicano; el sometimiento a los criterios de los gobernados, su elemento democrático; y la imposibilidad de un poder ilimitado, su elemento liberal. De este modo, quien circunstancialmente gobierne se expone a perjuicios si decide ignorar alguno de estos tres pilares, con la añadida dificultad que las leyes, los rivales o la voluntad de la sociedad no siempre están en armonía. Dijimos que la democracia era el sistema políticamente más pleno, no el más sencillo.

En términos institucionales -hoy bajo asedio a lo largo de Occidente, como nos recuerda la cada vez más agorera literatura politológica desde el Norte global- eso llegó a su apogeo con el Estado Social de Derecho de la postguerra, forma que asumieron casi todas las olas de transición democrática en Europa, América Latina, Asia y África. Constituciones de

gobiernos representativos con derechos humanos que no sólo imponían un régimen de libertades sino la previsión de garantías económicas y sociales, cuya sostenibilidad ha sido el centro del debate de políticas públicas en las últimas décadas, dados los intensos cambios tecnológicos, demográficos y laborales de la economía contemporánea. En ese sentido, y aún quedando pendientes muchos debates sobre la Venezuela del futuro debido a las urgencias impuestas por el presente, quiero felicitar a los parlamentarios por tender la mano a cientos de expertos en múltiples áreas del saber, para la elaboración del “Plan País”, como marco de referencia de una futura transformación integral de la nación.

¿CÓMO SE LOGRÓ LA DEMOCRACIA?

Simplificaría mucho, casi al punto de la banalización, al decir que las transformaciones de los regímenes autoritarios hacia sistemas democráticos tienen lugar o cuando la presión externa a la minoría gobernante se hace inaguantable para su continuidad, o porque esta minoría se ha dividido de manera irreversible en sus propósitos y pareceres. Para empezar, eso podría decirse de cualquier cambio político, de modo que importa la vocación de aquellos actores que imponen el cambio. Si no son demócratas, ya de convicción o ya de ocasión, puede que haya un cambio -en transición o revolución- pero no hacia la democracia.

Uno de los mejores libros publicados sobre los sucesos de 1958 es “El 23 de enero de 1958 y el proceso de consolidación de la democracia

representativa en Venezuela”, de la extraordinaria académica Elena Plaza. En ese libro se reta la tradicional idea según la cual fue la crisis económica la que orientó a los actores clave a decaer en su apoyo hacia el gobierno militar. Ese fue un factor importante, sin duda, pero para que el modo aluvional en que -desde la intervención militar de Hugo Trejo en el año nuevo- se desencadenó un clima de opinión adverso a Pérez Jiménez, debía existir una conciencia política básica acerca de lo equivocado del sistema imperante y del valor de su alternativa. De otro modo, la sustitución del General y sus socios por otro régimen autoritario de cualquier signo, habría sido relativamente fácil. Pero desde los reclamos de sectores eclesiásticos, la pertinaz insistencia de los partidos políticos y sindicatos democráticos en resistencia, de su ascendente sobre el movimiento estudiantil, de las opiniones de gremios profesionales y el empresariado, y en última instancia, de las Fuerzas Armadas, permitió que no se consolidaran los intentos reaccionarios ni las alternativas revolucionarias autoritarias en los años por venir.

Sin embargo, muchas veces se desestima que el escándalo que produjo la revulsión antidictatorial fue la no convocatoria de la elección presidencial de 1957 y las maniobras para que esta no tuviese lugar de manera competitiva, como ha mostrado con detalle el profesor Luis Alberto Olivar. Las condiciones electorales luego del fraude de 1952 no sólo no habían mejorado, sino que los partidos que habían logrado participar de la elección a la Constituyente -nadie, por cierto, recuerda hoy a esos constituyentes- estaban proscritos; los líderes políticos más relevantes estaban vigilados, presos o en el exilio. La represión estaba en plena vigencia -funcionando a lo largo de las convulsiones estudiantiles de noviembre y las protestas de mediados de enero-, aún si

el sustento de la legitimidad del gobierno había decaído. Las condiciones internacionales eran además adversas contra la democracia: la Guerra Fría impulsaba a las potencias a apoyar regímenes autoritarios inclinados a sus respectivos bloques en el “Tercer Mundo”, y la región estaba por entrar en un nuevo período autoritario.

Pero viejos adversarios, apenas hacía poco enconados enemigos sumidos en recriminaciones mutuas por la imposición dictatorial, depusieron divergencias en torno a un ideal unitario. La admiración hacia los forjadores de la democracia debe quedar patente en nuestra memoria: López Contreras, Gallegos, Betancourt, Caldera, Villalba, Leoni, Fernández, Prieto Figueroa, Machado... El famoso “espíritu del 23 de enero”, que derivó en una serie de pactos, acuerdos y arreglos, formales e informales, de concordia: Puntofijo, el Programa Mínimo, el Avenimiento Obrero-Patronal, el Pacto Institucional Parlamentario, el Concordato con la Santa Sede, la Constitución de 1961. Una concordia frágil, amenazada, violentamente retada, pero sostenida por la convicción de sus élites y el apoyo de la ciudadanía ante amenazas que no fueron solamente de retórica encendida.

¿Hubo perdedores? Por supuesto, pero limitados esencialmente al grupo más estrecho de apoyo al caído dictador: sus seguidores, incluso, compitieron electoralmente. La restauración del proceso de modernización democrática iniciado en 1936 y acelerado en 1945 tendría, en la concordia establecida en 1958 una vía de continuidad que no se consolidaría de inmediato.

¿QUÉ LOGRÓ LA DEMOCRACIA?

Decíamos antes que las repúblicas democrático-liberales tenían tres pilares: el sometimiento a las leyes, el sometimiento a la voluntad popular y la división del poder.

El principal logro de nuestra anterior democracia fue su longevidad y relativa estabilidad. El régimen establecido bajo la Constitución de 1961 ha sido el período de paz más prolongado de la República. Ha sido el único régimen donde ha tenido lugar la transmisión pacífica del poder a un partido distinto al gobernante. Fue el único período en el que la oposición parlamentaria fue no sólo respetada, sino acatada en su control de los otros poderes públicos. Pudo evitar durante treinta años los golpes de Estado. Desarrolló una producción legislativa hasta ahora inigualable en sus dimensiones, que formalizó muchas de las aspiraciones crecientes de la sociedad, sin abandonar los logros institucionales de siglo y medio de aspiración republicana. Eso, además, en el ambiente de mayores libertades civiles que toda nuestra historia, y el crecimiento de la complejidad profesional, gremial y de instituciones autónomas desde la sociedad.

Socialmente, experimentó el crecimiento en índices de desarrollo social, humano y demográfico más amplios de la historia venezolana. Es el período de más altos indicadores de infraestructura pública y privada, salubridad, servicios públicos y alcance de la educación (tanto pública como privada, y desde el maternal hasta el cuarto nivel). Buena parte de nuestra cultura elevada y popular de masas floreció durante esta era, con

artistas y medios que -no obstante, la promoción gracias a recursos estatales- no se inhibían de manifestar sus opiniones contrarias al statu quo. Estos logros, además, no se concentraron sólo en Caracas, sino que -ya por medio de las corporaciones de desarrollo regional o ya por medio de la descentralización- alcanzaron a todas las regiones del país. No fue su signo la construcción de obras públicas especialmente espectaculares, pero es difícil no sentirse admirado con la profusión de autopistas, puentes, represas, complejos culturales y museos que, junto con miles de pequeñas construcciones, cambiaron la faz de país como demuestran los trabajos de los profesores Mario Buffone y Rosa María Estaba.

El venezolano promedio, que aún para 1958 vivía en el campo, era analfabeta o malnutrido - tras casi cuatro décadas de “vida petrolera” mal canalizada- se transformó con la mayor expansión de nuestras clases medias hacia un tenor de vida más sofisticado. No se trata solamente de la economía política del petróleo, factor inescapable para todos, porque ello en sí mismo no asegura la dirección que tomó nuestro sistema político y social: pese a sus ineficiencias y carencias, la distribución del ingreso de renta nacional fue más igualitaria que la de casi todas las economías petroleras comparables durante la misma época. Sé que esto puede espantar a quienes consideran esta distribución el punto débil de todo aquel régimen, o que se trata de la idealización de un desengañado venezolano de hoy. Permítanme citar a un contemporáneo de este proceso, que no era un comentarista indulgente de su realidad:

“Sean pues cuales hayan sido los errores, las omisiones, las oportunidades perdidas de los últimos cincuenta años, Venezuela

ya no es un país de caudillos ni de montonera, ni un país habituado a la tiranía, ni un país agobiado por las enfermedades, la pobreza y la ignorancia. Es un nuevo país. No es cierto que el petróleo nos haya arruinado, como aseguran quienes parecen desprovistos de perspectiva histórica, pero además de información elemental y hasta de memoria personal...”

Estas son palabras del gran periodista e intelectual público venezolano Carlos Rangel ante egresados del Instituto de Estudios Superiores en Administración, IESA, en 1984. No escatimó, en discursos de ese tiempo, en severas críticas hacia un liderazgo que consideraba “acertados en lo político”, pero “equivocados en lo económico”. El país, insistía Rangel ante jóvenes profesionales escépticos hacia los dirigentes políticos, que el país ya no era el mismo tiranizado, indigente, enfermo e ignorante que fue durante casi toda su historia. Cada uno de nosotros puede ver, en nuestra historia o la de nuestras familias, evidencias de esta afirmación.

Quiero insistir en este punto: la vida civilizada que aún permanece, y sobre la cual se aprovechó mucho de la propaganda del presente régimen, proviene de los esfuerzos de grandes venezolanos a lo largo de las cuatro décadas de democracia, incluso en su declinar, con una acción dedicada y continua de varios gobiernos. Es una modernidad que hoy nos puede parecer residual, y ciertamente se hace insuficiente para los procesos por venir, pero que hoy es la única barrera ante la absoluta barbarización de la sociedad.

Es evidente que esa aspiración de modernidad se vio dramáticamente desacelerada para millones por la crisis económica y las ambivalentes reformas del sistema económico. Es verdad que los avances en participación y descentralización fueron demasiado lentos. No puede negarse que el sistema judicial fue escenario de abusos que desprestigiaron su ejercicio. Sería irresponsable negar la emergencia de nuevos tipos de corrupción -y con ella la influencia económica que algunas figuras aún ostentan. Es imposible no recordar el ambiente de desánimo, cinismo e indiferencia que caracterizó el final del siglo pasado, y nos llevó como sociedad -a permitir o no poder evitar- el avance de una alternativa.

Pero también es imposible desestimar cómo ese ambiente fue acelerado por ideas contrarias no meramente a los grandes protagonistas de ese sistema político -los grandes partidos nacionales de todas las tendencias democráticas- sino a la esencia misma del sistema, incluso en su momento de apogeo. Desde una pertinaz opinión de derecha, la democracia era inherentemente ineficaz y demagógica, y debía ser sustituida por un gobierno tecnocrático. Y desde las fuentes más autoritarias de la izquierda revolucionaria, como la democracia era meramente un espejismo burgués, un engaño a las mayorías que permanecían explotadas. Ambos coincidían en la necesidad de desmontar las barreras electorales e institucionales al poder Ejecutivo. La desleal profecía del desastre fue, sin duda, una profecía autocumplida.

¿QUÉ PODEMOS HACER LOS DEMÓCRATAS FRENTE AL
AUTORITARISMO?

Todos los profetas menores son el adelanto de un Mesías. La tradición democrática venezolana no fue suficientemente robusta para perseverar ante ese descreimiento generalizado. Y ciertamente la democracia, siempre tímida en hacerse propaganda, fue arrollada cuando la voluntad mayoritaria no estaba sometida por la ley ni temerosa de favorecer un poder absoluto.

Esa pendiente resbaladiza hacia el autoritarismo comprensivo que hoy domina al país ha sido una combinación de fenómenos de acción y omisión. La acción decidida de una minoría política extrema apoyada en el extraordinario carisma de un caudillo, tuvo el apoyo de millones de electores, no siempre bajo la grosera presión que pretendía hacer de ese voto una transferencia irreversible de poder. Ante eso, la oposición de la sociedad ha vivido diversas etapas, pero fue durante mucho tiempo un empeño minoritario.

Desde hace casi una década, cuando el furor del auge de las mercancías hizo cambiar de criterio a esas mayorías, y cuando los efectos económicos que las ideas de esa minoría radical se empezaron a revelar de manera catastrófica, fueron los programas y la organización de los partidos democráticos los que pudieron canalizar ese descontento en un caudal electoral que -vaivenes aparte- tuvo su apogeo en la elección que hoy les permite reclamar esta mayoría parlamentaria. No fue una etapa de "electoralismo cándido" -sería imposible ganar ninguna elección con sólo la buena voluntad y el mercadeo- ni de inocente entrega a un sistema autoritario. Los hechos y la represión se han sumado a las reiteradas denuncias que han presentado acumulativamente a lo largo de estos años, acompañadas de la demostración de apoyo popular a la causa

democrática. Dicho de otro modo: el sustento de la legitimidad global que hoy gozan los demócratas venezolanos es consecuencia del apoyo popular que lograron demostrar.

Ese no es un apoyo implícito, tácito, ni se puede dar por descontado que la expresión de profundo descontento que manifiesta la opinión pública sea hoy, o para siempre, apoyo al programa de recomposición democrática y modernización económica que plantean los factores democráticos. En la desconfianza entre los partidos y la sociedad civil, en el repliegue forzoso de los demócratas, en las agendas adelantadas sin consenso, en la vacilación estratégica luego de los consensos, penetran las tácticas del statu quo. Mientras estos factores arrecien en su empeño, la sociedad debe esforzarse en sobrevivir con firmeza. Eso es válido para los particulares, pero también ha de ser la tarea del liderazgo político: y, desde el año 2015, éste ha sido el espacio definitorio de esa referencia. ¿A quién reciben hoy los estadistas democráticos del mundo? ¿En qué carácter?

Queda en el talento y la tenacidad del liderazgo la posibilidad de aliviar el descreimiento y el temor de millones de venezolanos. Fortalecer los nexos de entre las organizaciones sociales autónomas, las instituciones libres y los partidos políticos, reactivar a la militancia perseguida y alicaída, retomar la presencia en la legítima protesta popular que rete la “normalidad autoritaria” y no abandonar ninguno de los medios de participación y acción política legítimos al alcance de la sociedad en este esquema, reforzando la denuncia sobre su iniquidad. Maximizar la

exigencia, especialmente en esta extrema adversidad, a favor de condiciones para que se pueda lograr el cambio político.

* * *

En 1957, un plebiscito trunco tras largos años de represión fue uno de los alicientes en la ruptura de la alianza en torno a un dictador. Cuatro décadas más tarde, la debilidad de connotados defensores de la república permitió avasallar la resistencia institucional que debía contener el retorno de un gobierno autoritario.

Es innegable que las condiciones son muy distintas hoy. La dictadura de Pérez Jiménez se revela, en el trayecto histórico recorrido, apenas como una cruel desviación temporal de la dirección general de nuestra evolución institucional. La beligerancia de los adversarios existenciales a la democracia representativa, por su parte, se desarrolló en un ambiente de libertades absolutamente ajeno a nuestra experiencia contemporánea. Tal es nuestra realidad.

El deber de la representación nacional es actuar en favor del bien de los ciudadanos que la han elevado a esa posición.

La vocación de los políticos es procurar el cambio de aquello que es perjudicial.

Es su tarea, diputados y diputadas, examinar con atención las capacidades presentes de la sociedad venezolana, su fortaleza y resiliencia reales, para determinar cuál es el mejor medio para liderarla en la ruta de ese cambio.

Es su tarea, diputados y diputadas, crear oportunidades allí donde el agujero negro de la represión ha creado grietas y abismos.

Es su tarea como la vanguardia política de la nación trascender el cálculo constante de sus preferencias estratégicas como expectativa parcial de predominio, mientras la existencia del país y su vida civilizada están en entredicho.

Abandonar estas tareas al azar y a la imprevisión sería faltar a su responsabilidad. Multiplicar los esfuerzos articulados desde tal posición de vanguardia es la expectativa de la sociedad, pero también de quienes alrededor del mundo han abrazado la causa de la democracia venezolana.

La cultura política democrática que aún mantenemos no sólo ha de servirnos como una barrera al autoritarismo, sino también como una fuente que se aproveche en las luchas por venir.

Son ustedes la Asamblea Nacional.

Son ustedes la vanguardia genuina de la tradición democrática venezolana.

Actúen en consecuencia.

Guillermo Tell Aveledo Coll

Enero, 2020.

